

ARCHIVO HISTÓRICO



El presente artículo corresponde a un archivo originalmente publicado en **Ars Medica, revista de estudios médicos humanísticos**, actualmente incluido en el historial de **Ars Medica Revista de ciencias médicas**. El contenido del presente artículo, no necesariamente representa la actual línea editorial. Para mayor información visitar el siguiente vínculo: <http://www.arsmedica.cl/index.php/MED/about/submissions#authorGuidelines>

Lingua Latina ad usum medici del Profesor doctor Benedicto Chuaqui Jahiatt*

Antonio Arbea Gavilán
Profesor Titular de Latín
Pontificia Universidad Católica de Chile
Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua

El Instituto de Filosofía de nuestra Universidad, y en particular, el área de Textos Clásicos y Filología, que agrupa a los profesores de Lenguas Clásicas, tienen la gran satisfacción de presentar hoy el libro del profesor Benedicto Chuaqui *Lingua latina ad usum medici*, dando así inicio a una nueva colección en nuestras publicaciones, a la que hemos querido llamar "Textos de estudio", y que pretende recoger trabajos elaborados específicamente para servir de apoyo a la docencia.

La publicación de *Lingua Latina* constituye un acontecimiento verdaderamente importante en el ámbito de nuestros estudios latinos, que no solo muy de tarde en tarde tienen ocasión de entregar un libro a la comunidad, sino que, hasta ahora, nunca habían ofrecido uno de las características de este: un manual para la enseñanza del latín, destinado a los estudiosos de la medicina.

Es un hecho probado que la -desde hace ya tiempo- desmedrada situación en que se encuentra el estudio del latín en nuestro país deriva en gran medida de la poca atención prestada al método con que se lo ha enseñado. Ya en su tiempo, Andrés Bello llamaba la atención de los "promovedores de la educación clásica" y les hacía ver la conveniencia de "mejorar constantemente el método" de la enseñanza del latín, labor imprescindible, si se pretendía asegurarles a estos estudios un lugar de importancia en los programas escolares. Hoy en día, corrido un siglo y medio desde entonces, la necesidad de corregir y perfeccionar el método no solo subsiste como tarea, sino que, de un tiempo a esta parte, se ha vuelto perentoria, pues ahora sí que es crítica la situación en que el latín se halla. No se trata ya, en efecto, de velar por su permanencia en la escuela secundaria, de donde terminó por ser suprimido oficialmente hace décadas, sino de salvar su antes indiscutida y ahora precaria y minimizada presencia en la educación universitaria.

En el contexto de estas consideraciones, pues, trabajos como *Lingua Latina* constituyen un paso decisivo en la urgente labor de recuperar para el latín el favor de la comunidad culta. Balance de un saber seguro e impecable, este manual responde con claridad y autoridad a las cuestiones fundamentales que puedan plantearse quienes, desde el campo de la medicina, quieran iniciarse en el estudio del latín. Y es, además, un libro que no solo satisface una demanda cultural actual, sino que se adelanta a ella, la conforma, la dirige.

Este libro nace como fruto -lentamente madurado- de los cursos de latín que el profesor Chuaqui viene dictando desde hace un par de años en la Facultad de Medicina, cursos que la Facultad de Filosofía ha tenido mucha satisfacción en patrocinar, viendo en ellos, desde un comienzo, una inestimable oportunidad de colaboración real y eficaz entre dos Facultades de nuestra Universidad. Nos parece que con estos cursos hemos dado con una forma muy feliz de trabajo

interdisciplinario. La interdisciplinariedad, en efecto, no consiste -como suele pensarse- en confrontar disciplinas ya constituidas, de las que, de hecho, ninguna consiente en abandonarse. Para conseguir la interdisciplinariedad, no basta con tomar un tema y convocar en torno de él a dos o más disciplinas. La genuina interdisciplinariedad consiste en crear un objeto nuevo, que no pertenezca a nadie. Y, en buena medida, eso es lo que ha ocurrido con los cursos de latín para la Facultad de Medicina.

Si muchos son los motivos de contento institucional por la publicación de este libro, debo decir que, en lo personal, esta ha sido para mí una experiencia muy enriquecedora. Quisiera compartirla aquí con ustedes, haciendo algunas breves consideraciones. Pido excusas por el carácter quizás excesivamente personal que ellas tendrán; pero lo cierto es que, en el momento de redactar estas líneas, el pensamiento y la pluma se encaminaron porfiadamente en esa dirección.

Si hemos de ser francos, hay que confesar que estas ceremonias de presentación de libros -o de lanzamiento, como algunos las llaman, con una fea metáfora de origen, supongo, astronáutico-, hay que confesar, digo, que estas ceremonias son como todas las ceremonias sociales: si en ellas está envuelto algún pariente cercano, o un amigo querido, las vivimos como propias, con expectación y ansiedad. Pero como tales casos son los menos, acontece que a la mayoría de estos actos nos vemos asistiendo por compromiso, y por lo general, ellos no defraudan nuestras pesimistas expectativas: resultan bastante aburridos. Pero si asistir a estas ceremonias es ya un más o menos enojoso tributo que debemos hacer a la cortesía y a los buenos modales, hay que decir que cumplir con la solicitud de hablar en ellas es definitivamente uno de los más ingratos tormentos a que nos puede someter la liturgia académica. Siendo así las cosas -o, al menos, siendo así mis sentimientos-, me sorprendió mucho verme, hace algunos días, haciéndole yo mismo al profesor Chuaqui, espontáneamente, la petición de presentar aquí su libro. Y es que, reitero, la experiencia de haber seguido de cerca el proceso de elaboración de esta obra ha sido para mí un verdadero privilegio, a la vez que ocasión de prolongados y gozosos encuentros.

Más que entrar aquí a examinar el detalle de los numerosos aciertos de *Lingua Latina*, quisiera dar testimonio de lo que me cupo en suerte aprender de su autor durante el período de gestación que culmina hoy con este feliz alumbramiento. Me referiré, en particular, a dos virtudes que, desde un comienzo, me parecieron las más notables en el estilo de trabajo del profesor Chuaqui.

La primera de ellas es el rigor. Nada hay en este manual de latín que no haya sido pensado y repensado en profundidad. Todo ha sido allí sometido a cuidadoso examen. Si la virtud del rigor, que es virtud tanto intelectual como moral, es esencial en la actividad académica, resulta ella doblemente importante en los estudios humanísticos, que, a diferencia de otros, no poseen lo que podríamos llamar "control de verdad". En disciplinas como las matemáticas, la física o la química, las afirmaciones pueden, en general, ser verificadas, para lo cual existen procedimientos objetivos. En las humanidades, en cambio, hasta la existencia misma de criterios de verdad puede ser discutida. No aspiran las humanidades a la fórmula final, no son reductivas; más bien, todo en ellas reside en el despliegue: son expansivas. En física, por ejemplo, se da cuenta cabal de la relación entre masa y energía con la fórmula $E=MC^2$, y todo lo que a ella pueda añadirse será, en el mejor de los casos, superfluo. Pero en el caso de la filosofía, por ejemplo, expresiones como la aristotélica "El ente es uno y múltiple", o la de Ortega "Yo soy yo y mi circunstancia", si

bien es cierto que envuelven y resumen toda una filosofía, sin esta no se comprenden ni tienen sentido, son vacías.

Esta condición suya de constituirse en el despliegue y no en la fórmula, es lo que convierte a las humanidades en disciplinas permanentemente expuestas a ser presa de vicios de los que otras se ven libres, o, al menos, están más protegidas. Para decirlo ramplonamente: si el ingeniero, por ejemplo, calcula mal, se le cae el edificio; si el médico diagnostica mal, se le agrava el paciente, o se le muere; pero ¿quién nos dice que el filósofo filosofa mal, que el sociólogo sociologa mal, que el filólogo filologiza mal? (Porque es claro que se puede filosofar, sociologar y filologizar mejor o peor, bien o mal.) En medios culturales como el nuestro, de escasa densidad y, consecuentemente, de escasa -excúsenme el término- contestatariedad, este es uno de los problemas más serios que enfrentan nuestras facultades de humanidades: el de lograr efectivamente hacerse de los mejores en cada disciplina. En el caso nuestro -el caso de este nuevo objeto interdisciplinario que es el Latín para Medicina-, podemos estar seguros de que lo hemos logrado.

La segunda virtud que en esta experiencia editorial pude admirar en el profesor Chuaqui, es una para la cual no estoy seguro de haber dado con un nombre adecuado. Podría llamarla quizás "pasión", o "alegría", o "amor al trabajo", pero prefiero llamarla "placer". Este es un libro hijo del placer. El profesor Chuaqui ha disfrutado cada momento de su redacción. Es cierto que también ha habido desvelos -literales desvelos, que han puesto a prueba la generosa paciencia nocturna de los suyos-; pero por sobre todo ha habido eso: trabajo gozoso.

En nuestra moral tradicional, el placer es casi siempre dejado de lado en provecho de valores fuertes, como la verdad, la responsabilidad, la bondad, y la propia Universidad no es ajena a un cierto rigorismo de cuño, diría, casi protestante, que acorrara al placer hacia la clandestinidad, lo objeta, lo reprime, instituyendo una suerte de oscurantismo del placer y produciendo una verdadera frigidez académica. Como virtudes académicas solemos ponderar la dedicación al trabajo, la seriedad, la disciplina, la entrega; pero a todas ellas nos las representamos con ceño adusto, casi sufriente. El placer, sin embargo, es también una dimensión de lo académico; existe también un eros académico. Si el trabajo universitario no está inserto en el placer, se vuelve moroso, funcional, alienado, burocrático; en fin, triste. Y esto vale, por cierto, también para los estudiantes. Debemos concederles a nuestros alumnos la felicidad de que se tenga necesidad no solo de su competencia futura, sino también de su pasión presente. Pero para que ellos aprendan a disfrutar de la aventura del conocimiento, del descubrimiento, es imprescindible que tengan delante a un maestro enamorado.

Es difícil hablar de lo que se ama. En el caso del profesor Chuaqui, su amor es el latín. El latín por el latín. Más allá de su importancia como lengua que abre la puerta de acceso a vastos tesoros de la cultura, más allá de su utilidad como ilustrador de etimologías y sentidos, más allá de su virtud de facilitar el dominio de lenguas extranjeras, el profesor Chuaqui ama el latín por él mismo, por su imponente arquitectura, por su elegancia, por su concentración, por su rica variedad formal; en fin, por ser como es. Y esos son los amores más definitivos.

La leyenda nos cuenta que el que introdujo la escritura en Grecia había sido cocinero del rey de Sidón. Ya en la antigua fábula, pues, lenguaje y gastronomía aparecen hermanados. Hablar y

comer ocupan el mismo órgano, son operaciones que hacemos con el mismo aparato corporal. Si se corta la lengua, se acabó el gusto y se acabó el habla. El placer del latín del profesor Chuaqui es como el placer del gourmet, que saborea su plato lentamente, sin tragar, sin devorar; va masticándolo palabra por palabra, desmenuzándolo minuciosamente, en una relación casi fetichista, reencontrándose con el ocio de las antiguas lecturas.

Quiero concluir estas palabras agradeciendo: al señor Rector, que siempre ha alentado nuestros esfuerzos editoriales; al señor Decano de la Facultad de Medicina, que ha brindado su generoso apoyo para que esta publicación vea hoy la luz; a Humberto Olea, que con paciencia y pulcritud tuvo a su cargo la compleja y agotadora responsabilidad gráfica de esta edición. Y por supuesto, al profesor Chuaqui, con quien los cultores del latín tienen desde hoy una inmensa deuda de gratitud.

*Palabras pronunciadas por el profesor Antonio Arbea G., en ceremonia realizada el 20 de agosto de 1990 en el Salón de Honor de la Casa Central, con motivo de la presentación del libro *Lingua Latina ad usum medici, per litteras et grammaticam tractata* (Facultad de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1990).